

Capítulo uno

San Ignacio de Loyola

“¡Vayan y enciendan el mundo!”

Para los americanos, el año 1492 es famoso por ser cuando Colón, navegando bajo el patrocinio de la corona española, descubrió el Nuevo Mundo. Sin embargo, tiene otra importancia en la historia de España. Fue el año de la expulsión definitiva de los moros de la península ibérica, el último acto de un drama que se había desarrollado por siglos, y que marcó el comienzo de lo que se ha llamado *el Siglo de Oro*. Primero bajo el correinado de Fernando e Isabel y luego durante el reinado de Carlos V, España surgió como el reino más poderoso de Europa y la primera potencia del mundo. Los españoles crearon un vasto imperio que controlaba grandes porciones de Europa y gobernaba territorios desde América Latina y África hasta las Filipinas, en Asia Oriental. Durante aquellos años, el ejército español era prácticamente invencible. Pero no solo en la vida política, sino que en todas las áreas de la actividad cultural, la España del siglo XVI vio un florecimiento extraordinario. Fue la época de El Greco y Velázquez en la pintura, de Cervantes y Lope de Vega en la literatura, y de Tomás de Victoria en la música. Fue un tiempo de crecimiento de las universidades y de enormes desarrollos en muchas ramas del aprendizaje. El pueblo español estaba orgulloso: orgulloso de su talento militar, de sus costumbres

caballerescas, de sus logros culturales y de su lealtad a la fe católica. Habiendo forjado su identidad nacional y religiosa durante siglos de lucha, típicamente perseguía sus objetivos con gran energía, valor y determinación. Un carácter nacional de este tipo podía ser un arma de doble filo. Podía, de no redimirse, producir al conquistador jactancioso o al cortesano arrogante. Pero, cuando lo transformaba el amor de Dios, podía también resultar tierra fértil para un tipo de santidad muy elevada.

Una verdad sobre los santos es que ellos trascienden la época en la que viven. Cada generación vuelve a descubrirlos y halla nueva inspiración en su vida y en su ejemplo. Sin embargo, también es cierto que los santos son personajes humanos integrados en las posibilidades y las limitaciones de sus tiempos. No son prodigios raros ajenos al espíritu de su época, sino hombres y mujeres que, por su contribución a la iniciativa de Dios, han permitido que su personalidad entera y todos los elementos de la cultura que han heredado reciban el toque de la gracia y con ello se eleven y purifiquen. En la vida de los santos, como en todo lo demás, la gracia se edifica a partir de la naturaleza.¹ Esta verdad está claramente en acción en la figura de Ignacio de Loyola. Él fue un hidalgo español de ascendencia vasca y, en muchos aspectos, su acercamiento a Dios y a la vida espiritual reflejó este antecedente. Al mismo tiempo, bajo la transformadora mano de Dios, las cualidades propias de su país y su clase cobraron en Ignacio un significado universal.

Iñigo nació en 1491 como el menor de trece hermanos en el ancestral castillo de los Loyola, una familia vasca de

¹ Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, Parte 1, 1:8: “la gracia no destruye la naturaleza, sino que lleva a plenitud sus potencialidades”.

nobleza inferior. (El nombre de Ignacio lo tomaría más adelante en su vida, quizás imitando al mártir Ignacio de Antioquía). Del inicio de su vida tenemos pocos detalles, más allá de unos cuantos recuerdos sobrevenidos muchos años después. Alrededor de los quince años, prestó servicios como paje en la casa de un pariente que tenía un cargo importante en el reino de Castilla. Pasados los veinte años, entró en el servicio militar bajo el mandato del virrey de Navarra. A Ignacio la vocación militar le llegó de manera natural, pues provenía de una familia de soldados. Uno de sus hermanos murió luchando en la Ciudad de México, un segundo en Nápoles y un tercero contra los turcos en Hungría. Ignacio absorbió profundamente el espíritu de su tiempo y su lugar, y puso delante de sus ojos el ideal del hombre consumado del mundo: superficial y galante, preocupado por la gloria militar y las atenciones a las damas de moda. Su breve comentario en su *autobiografía* (en la que habla de sí mismo en tercera persona) observa simplemente que “fue un hombre dado a las vanidades del mundo con un grande y vano deseo de ganar honra”.² En su calidad de militar para el virrey, en el año 1521, tuvo la tarea de liderar la defensa de la fortaleza de Pamplona contra un ataque francés. Fue característico del hombre insistir en defender el fuerte aun cuando sus compañeros de armas lo creyeran indefendible. En medio de la batalla, lo alcanzó una bala de cañón que le quebró gravemente una pierna y le hirió la otra. Con su valiente capitán derribado, la defensa del fuerte colapsó y sus corteses captores franceses lo enviaron a pasar su convalecencia

² Ignacio de Loyola, *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, texto recogido por el P. Luis Gonçalves da Câmara entre 1553 y 1555, Capítulo I, 1. (www.jesuitasdeloyola.org/imgx/textos/autobiografia.pdf).

en la casa de su padre. Su insistencia en que le curaran la pierna sin estropear su aspecto lo llevó a afrontar una serie de dolorosas operaciones y, a veces, hasta lo puso en riesgo de muerte. Tenía treinta años y su vida estaba a punto de tomar una dirección radicalmente nueva.

Para pasar el tiempo durante su convalecencia, Ignacio pidió que le proporcionaran libros de romances caballerescos. Pero en el castillo no había nada de lo que él quería, entonces optó por leer dos libros religiosos: *La vida de Cristo*, del monje alemán Ludolfo de Sajonia, y *La leyenda dorada*, una recopilación de la vida de los santos. Al confrontarse con la personalidad de Cristo y las grandes hazañas de los santos, Ignacio se conmovió profundamente. Todo el caballeresco instinto español y el deseo de gloria que corrían en él con tanta firmeza se vieron captados y exacerbados; a su anterior deseo de honores mundanos lo reemplazó una determinación de hacer grandes cosas por su verdadero Rey y así ganar la honra en el Cielo. “Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos,”—recordaba Ignacio más adelante—“se paraba a pensar, razonando consigo: ‘¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?’”³ Se llenó de aborrecimiento por su vida pasada y decidió hacer penitencia como peregrino. Fue el comienzo de un largo viaje que finalmente tendría un gran efecto tanto en la Iglesia como en el mundo.

El año 1521 se destacó no solo por la conversión de Ignacio. Fue el año en el que Hernán Cortés, un hombre de aproximadamente la misma edad y procedencia social que Ignacio, completó la conquista de Tenochtitlán y el Imperio Azteca, lo cual dio comienzo a un nuevo capítulo en la historia

³ *Ibid.*, Capítulo I, 7.

española y europea. Fue también el año en el que Martín Lutero, habiendo escrito tres panfletos muy leídos contra la Iglesia Católica, se negara a retractarse de su posición ante la asamblea imperial general, o Dieta, en Worms, iniciando así efectivamente la Reforma protestante. Estos sucesos trascendentales contribuyeron mucho para dar forma al mundo en el que Ignacio lanzaría sus considerables energías como misionero y reformador de la Iglesia. Más tarde dijo que no creía “haber abandonado el servicio militar, sino haberlo consagrado a Dios”.

La vida de Ignacio luego de su conversión puede dividirse convenientemente en tres partes o fases, cada una de las cuales tiene su especial importancia. La primera fase, que comenzó tan pronto como se produjo su conversión, duró unos tres años. Incluyó el tiempo de su convalecencia, el año que permaneció en Manresa y su peregrinaje a Tierra Santa. Fue un período de una vida interior intensa: largas horas de oración, rigurosas obras de penitencia y purificación, e increíbles experiencias místicas. La segunda fase, de unos catorce años, fue una prolongada etapa de estudio y actividad apostólica durante la cual Ignacio reunía grupos de hombres a su alrededor, primero en Barcelona, luego en las universidades de Alcalá, Salamanca y París, y durante un breve tiempo en Venecia. Fue un período de perfeccionamiento de su método de evangelización y de significativa oposición a su apostolado. La fase final empezó con su regreso a Roma en 1538 e incluyó la fundación de la Compañía de Jesús dos años después y sus obligaciones de gran envergadura como general de la orden, una tarea que concluyó solo con su fallecimiento en 1556.

La primera fase: Dios le enseña a Ignacio

Una regla de la vida espiritual, práctica y cumplida a lo largo del tiempo, dice que uno debe ser cauteloso a la hora de imitar a los santos. Su fe, sus virtudes y su rendición a la Voluntad Divina son ejemplos para todos los creyentes. Pero los patrones particulares de la vida de ellos y la forma específica en la que son llamados a responder a la iniciativa providencial son a menudo excepcionales e idiosincráticos. Lo que es excelente en la vida de un santo puede no ser prudente o loable en cada creyente. Debemos recordar esta regla al analizar la vida de san Ignacio.

Desde el primer momento de su conversión, Dios trató a Ignacio de una manera especial. La singularidad no fue tanto en la conversión en sí misma. Sin duda, fue un hecho dramático pasar de soldado a peregrino como lo hizo Ignacio, dejando atrás familia, ambiciones mundanas, estatus social y posesiones para seguir a Cristo. Aunque muchos otros, atraídos por la belleza y el amor de Dios, han alterado su vida de maneras igualmente drásticas. Cuando Pedro y Juan abandonaron sus redes y su negocio de pesca para seguir a Jesús, crearon el patrón interior de toda conversión verdadera. Lo que distinguió los primeros años de la conversión de Ignacio fue el grado hasta el cual Dios se hizo cargo de él y le enseñó profundas verdades espirituales y pastorales, incluido todo el ciclo de la doctrina católica, sin que casi no mediara ayuda alguna de los demás. Ignacio llegó a darse cuenta de esto por sí solo. De aquellos primeros años, dijo posteriormente: “En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a

un niño, enseñándole;...claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera”⁴

Hubo un claro propósito providencial en la conversión de Ignacio. Al igual que san Pablo, Ignacio fue un instrumento que Cristo eligió para utilizarlo en aras de una gran misión apostólica. Como Pablo, tenía una personalidad fuerte y una voluntad férrea, pero estos atributos estaban ejerciéndose en una dirección equivocada. Como a Pablo, el Espíritu Santo le enseñó el Evangelio como preparación para esa misión. Sobre su propia recepción de la fe, una vez Pablo escribió: “Les recordaré, hermanos, que el Evangelio con el que los he evangelizado no es doctrina de hombres. No lo he recibido de un hombre, ni me fue enseñado, sino que lo recibí por una revelación de Cristo Jesús”. (Gál 1, 11–12). Aunque nunca reivindicó ninguna autoridad profética o apostólica, Ignacio hablaba de manera parecida acerca de cómo él había recibido el Evangelio. Más adelante relató una experiencia de este tipo de cuando había estado en Manresa: “Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto cosas espirituales, como cosas de la fe y de letras”. Junto con esta experiencia de entendimiento infundido, Ignacio recibió visiones de Cristo, de Nuestra Señora y de la Santísima Trinidad que le inculcaron muy profundamente estas verdades, tal como dijera más tarde: “si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto”⁵.

El efecto de estas visiones y gracias divinas se hizo evidente en la forma en que Ignacio comenzó, inmediatamente

⁴ *Autobiografía*, Capítulo III, 27.

⁵ *Ibid.*, Capítulo III, 30, 29.

después de su conversión, no sólo a hablar de su recién descubierta vida, que habría sido bastante natural, sino a guiar a los demás con toda confianza como maestro de la fe y director de almas. A la distancia en el tiempo y conociendo su curso futuro, parece obvio que Ignacio rápidamente se convertiría en un guía espiritual. Pero si lo vemos como lo habrían visto sus coetáneos, la singularidad de su comportamiento es más llamativa. Aquí estaba un hombre que había pasado sus primeros treinta años persiguiendo nada más que intereses mundanos. Había arrojado toda su energía en la adquisición de fama y de una carrera prestigiosa, y sus gustos y afectos se habían moldeado con ese patrón. No hay duda de que era católico, pero de los que lo son por herencia y que, aunque están familiarizados con las prácticas culturales de la Iglesia, las ven como meras convenciones sociales. Había recibido muy buena capacitación en las artes militares y en las exigencias de la vida social, pero poca educación en otras áreas. No sabía casi nada de teología. Este mismo hombre tiene entonces un encuentro impresionante con Cristo y se determina a cambiar el curso de su vida. Necesariamente tiene una ardua tarea frente a sí, la tarea de todo converso que se haya dedicado a forjar su carácter alejado de la voluntad de Dios. Tendrá que olvidar hábitos arraigados durante muchos años. Tendrá que desarrollar un nuevo conjunto de sentidos espirituales para cobrar vida ante realidades invisibles. Tendrá que aprender algo del rico cuerpo de la doctrina y la práctica que todo católico serio adopta. Podrá esperar que, por más que cuente con la ayuda de Dios, esto requerirá tiempo y mucho trabajo, y necesitará de buenos maestros y mentores que lo ayuden en el camino.